

LA MATANZA DE BOLOGNA

Ayer conocí a una persona particular, se llamaba... ¡a sí!

Se llama Claudio. Bueno, él era periodista y bastante famoso por cierto, pero fue hace tantos años que cayó en el olvido. Ahora tiene 71 años, y vive aquí en Roma; me contó muchas historias fascinantes sobre (como él lo llamaba) sus grandes tiempos.

Incluso consiguió un Ichia, (para los que no lo sepan, es un honorable e importante premio periodístico en Italia) aunque estuvo a punto de perder la vida nunca pensó en dejarlo.

Me conto una de las anécdotas más increíbles de la matanza de Bologna, murieron muchas personas y él tuvo que cubrir la noticia arriesgándose a ser una de ellas.

Todo empezó cuando Claudio estaba en su casa, tranquilamente esperaba una importante llamada de trabajo, en su sofá, observando la pared, la gran pared morada que se extendía por toda la habitación y que finalmente acababa por juntarse con otra pared de color grisáceo.

Se aburrió de esperar así que finalmente optó por encender el televisor, pero justo antes de coger el mando a distancia sonó el teléfono, ¿sería esa la llamada esperada?

Efectivamente era su jefe, le dijo que se presentara en su oficina urgentemente. No dio más detalles, ni si quiera le dijo para que tendría que ir. Así que se dirigió inmediatamente hacia el trabajo.

Eran las once de la mañana, de camino al periódico, Claudio pasó cerca de un monumento histórico; el coliseo, era inmenso y siempre le gustaba pasar por ahí.

Finalmente llegó a su destino, donde enseguida le dieron la bienvenida, aunque de una forma un poco extraña; algunos decían, pobrecito, y otros en cambio, mejor vete preparando...

Se pregunto porque le habrían dicho esto, aun así los ignoró y entró al despacho de su jefe.

Me gustaría contaros lo que hablaron, pero era un asunto privado entre ellos dos, y Claudio no quiso contarme nada por mucho que yo insistiera, (admito que soy demasiado cotilla).

Continuando con la historia; le dijo que tendría que cubrir el atentado de Bolonia, habían puesto una bomba en el metro y había muerto mucha gente, por no hablar de los heridos.

Al principio Claudio se sintió preocupado, pero después se dio cuenta de que alguien tendría que informar a los ciudadanos sobre lo que había pasado, así que también se sintió orgulloso de lo que iba a hacer y a la vez asustado por lo que pudiera pasarle (a él o al cámara)

Claudio llegó a casa saturado por todo lo que acababa de pasar, o eso es lo que me contó, triste y acongojado por todas esas personas que se habían visto envueltas en la explosión, no pudo remediar que se le saltaran las lágrimas.

Al día siguiente, compró el billete de avión y se preparó para el viaje.

El cámara y Claudio entraron en el avión y rápidamente inició su ascenso. Desde esa altura se podía ver toda Roma, era enorme y una preciosa ciudad, (me hubiera encantado estar con ellos, pero esta no es mi historia, es la de Claudio y debo continuar) también se veía el coliseo; empezaron a alejarse de Roma y llegaban a Bolonia y comparándola con Roma no era demasiado apetecible como para ir a hacer turismo, sobre todo por todos esos escombros que, aunque un poco lejos, se veían en la estación de trenes.

Al fin aterrizaron y salieron del avión, cuando llegaron lo que vio no se podía describir con palabras, habían muchos muertos que ya no se podían considerar personas, se habían convertido en

desechos humanos que solo servían como muestra de lo que las personas nos podemos llegar a hacer a nosotros mismos.

Avanzaron a la estación de tren donde explotó la bomba; con señas, Claudio le indico al cámara que grabara el escenario donde se encontraban y este sin decir una palabra obedeció y con la gran cámara grabó todo ese desastre que había ante ellos.

Claudio se disponía a hablar cuando una voz le sorprendió por detrás, una voz que rebosaba miedo y que gritaba:

-¡Ayuda!

Claudio se giró y se horrorizó al ver un hombre atrapado bajo unos escombros, no aguantaría mucho, así que rápidamente fue a ayudarlo, el cámara no dejaba de grabar lo que pasaba, mientras Claudio intentaba sacar a esa víctima de los actos de unas personas crueles y despiadadas, todos estaban desesperados; bueno o eso parecía, extrañamente ese hombre que debería estar aterrorizado estaba totalmente tranquilo, y el error de Claudio fue ignorarlo.

Finalmente lograron sacarle, pero no pudieron estar alegres mucho tiempo lo que se suponía que era una víctima del horror humano resultó ser uno de ellos y, ¿Cómo lo sabían? Fácil, sacó una pistola y disparó a Claudio, suerte para él que le dio en el costado, donde no hay órganos vitales, de modo que no fue tan grave como parecía, aun así Antoni (el cámara) se asustó y llamó rápidamente a una ambulancia que no tardaría mucho en llegar, porque cada vez venían más.

El terrorista se levantó del suelo y empezó a correr, al cabo de unos segundos unos policías que le ven con un arma, le persiguen y consiguen atraparlo.

Claudio hizo un esfuerzo por decirle al cámara que gravara la situación; Antoni obedeció.

Al fin llegó la ambulancia, que se llevó solamente a Claudio. Antoni insistió en quedarse a ayudar a la gente que le necesitaba.

Claudio me describió tristemente la escena; la gente gritaba por todo el desastre y los familiares de los muertos lloraban

desconsoladamente, me dijo también que no pudo soportar más dolor y dejó de mirar por la ventana.

Días más tarde volvieron a Roma. Se repitió la escena de Claudio mirando las paredes, siempre me decía que tenían algo extraño, algo que le hipnotizaba; después se volvió a aburrir de mirarlas y finalmente decidió encender la televisión, pero justo antes de coger el mando a distancia sonó el teléfono y lo cogió, era de su jefe, no le dejó ni hablar, solo le dijo que se presentara de inmediato en su oficina urgentemente.

Salió de casa y se dirigió al trabajo, pasó de nuevo por el coliseo y llegó a su destino.

En seguida le dieron la bienvenida, pero esta vez de forma distinta; unos le decían felicidades, y otros en cambio que suerte has tenido.

Claudio se preguntó porque le dirían eso y porque él era el último en enterarse de las cosas; aun así como la otra vez les ignoró y entró al despacho de su jefe.

Le dijo que después del gran reportaje que hizo aquella vez en Bolonia, todos los grandes del periodismo decidieron darle el premio ischia al periodista del año.

Claudio se sintió eufórico y lleno de alegría, no se podía creer lo que le acababa de pasar. Mientras volvía a casa estaba contentísimo, y nada podía ir mejor.

Y así acabó, un viejo ya para el arrastre que aun presume de ese premio.

FIN